

**CRISIS Y RELACIONES MÉXICO-ESTADOS
UNIDOS**

Fausto BURGUEÑO*

Un análisis fundamental de las relaciones México-Estados Unidos, así como sus perspectivas en el actual decenio, debe estar ubicado

* Investigador del IIEc-UNAM.

dentro del contexto de la crisis estructural del capitalismo. Diversos datos demuestran la presencia de una nueva recesión de la economía norteamericana que manifiesta que la actual crisis es una crisis estructural de larga duración en cuya fase se intenta realizar procesos profundos de reestructuración económica y sobre todo industrial.

En los países desarrollados y capitalistas, la recesión ha sido acompañada por elevadas tasas de inflación y desempleo que sólo en los Estados Unidos alcanzan cifras del 13% y 7.2%, respectivamente, en el año de 1980 (*Times*, enero 19, 1981), y no se vislumbra una importante modificación a estas cifras para el año de 1981 y todo parece indicar que continuarán manifestándose en la economía mundial fases cíclicas depresivas de la actividad económica y particularmente en las esferas productivas industriales cada vez más prolongadas al mismo tiempo que los momentos de recuperación de la economía son y serán cada vez más cortos e irregulares lo que vendrá a reforzar aún más las tendencias a mayores desequilibrios económicos y sociales.

Lo que es posible esperar para la década actual no revela cambios importantes en relación a la situación que ha privado en los últimos diez años en América Latina y es también difícil creer que se den amplios espacios de acción acompañada de un dinamismo de la economía mundial tal como lo suponen diversos organismos internacionales como el Banco Mundial y el FMI ya que las actuales tendencias contradicen su optimismo. Al contrario es de preverse el mantenimiento de un lento crecimiento en las economías de los países llamados centrales que vendrá a complicar su propio desarrollo y a tratar de mantener su política de transferir varios de sus problemas internos al resto de la economía mundial.

En esta perspectiva, los países subdesarrollados como México y el resto de América Latina se encontrarán ante viejos y nuevos obstáculos para responder a la propia crisis, crisis que combina a los elementos internos de acumulación con las limitaciones que le son impuestas desde el exterior. Entre otros problemas, se mantendrá presente una tendencia irregular en el crecimiento económico, dificultades para la exportación de productos, deterioro en los precios de materias primas y manufacturas para la exportación, incremento del desempleo y subempleo, altas tasas de inflación, aumentos en el endeudamiento externo, déficit comerciales, déficit alimentario, dependencia tecnológica y financiera creciente, etcétera.

Ante las diferentes declaraciones de tono optimista acerca de las repercusiones de la crisis norteamericana sobre la economía mexicana donde destacan aquellas que señalan la inmunidad de la economía

nacional ante los síntomas recesivos de la economía de Estados Unidos, cabe destacar y recordar el alto grado de dependencia económica que caracteriza a México respecto a los Estados Unidos.

En primer lugar hay que señalar que México ocupa hoy un lugar muy importante dentro de la estrategia global de los Estados Unidos, encaminada a garantizar un suministro seguro de materias primas y energéticos y por ello no es sorprendente el ambicioso programa para el desarrollo nacional petrolero que permitiría alcanzar para 1982, una producción de 2.25 millones de barriles por día, de los cuales la mitad serían para exportación. Actualmente, la realidad ha superado al programa y esa meta se alcanzó en 1980 y se decidió aumentarla hasta 2.75 millones de barriles diarios. Con ello se lograba elevar el crecimiento del PNB a un 7.7% anual y se incrementaba el ritmo de aumento de la inversión privada ante el estímulo que representan los ingresos por concepto de exportaciones del petróleo. Pero ello también conlleva un proceso creciente y polarizado de la concentración y centralización de la economía, así como a mayores desequilibrios en el ingreso y en donde ni el *boom* petrolero, ni el «milagroso» crecimiento del PNB, han resuelto los ya históricamente graves problemas del desempleo y subempleo, la inflación y la dependencia financiera y tecnológica. También este proceso de crecimiento económico ha concentrado aún más el comercio exterior con Estados Unidos, la inversión extranjera, y la dependencia en la importación de bienes de capital y tecnología norteamericanas. Considerando datos de 1979, ya era remarcado cómo el comercio exterior mexicano depende fundamentalmente de Estados Unidos, hacia donde se dirigen el 68% de las exportaciones y el 62% de las importaciones provienen de ese país.

El mayor rubro de las exportaciones corresponde al aumento en la venta de petróleo crudo de los cuales el 90% se envió a Estados Unidos. Pese a ello persiste el déficit comercial debido al aumento en las importaciones en maquinaria y equipo, alimentos y materias primas industriales. Es conveniente señalar que buena parte de los aumentos en importaciones de bienes de capital y tecnología han sido en relación al «auge petrolero» mexicano y, por lo tanto, al desarrollo de la industria petrolera que han favorecido a los intereses norteamericanos quienes poseen y dominan la tecnología requerida para dicha expansión.

Otro elemento fundamental a rescatar es el relativo a las inversiones extranjeras directas en la que mantiene una posición de privilegio la norteamericana. Un hecho muy claro ha sido su importancia creciente en la penetración de la economía mexicana en donde las

empresas multinacionales tienen invertidos más de 6 000 millones de pesos ocupando una posición preferente en la industria manufacturera y de servicios. En otro sentido, ya en 1979 hubo un acelerado crecimiento de los recursos externos del sector privado no bancario que llegó a cerca de 1 290 millones de dólares, de los cuales el 92% correspondió a empresas con participación extranjera y que representó un incremento del 39% respecto al año de 1978. A lo anterior se puede sumar el problema ya grave del endeudamiento externo de aproximadamente 32 000 millones de dólares a los que hay que agregar los miles de millones de dólares que se cubren por servicio y amortización de la deuda así como los pagos por regalías y usos de patentes y marcas a los que nos obliga la dependencia tanto financiera como tecnológica.

Esta situación brevemente enumerada refleja un paulatino y constante proceso de desnacionalización de la economía mexicana que no puede ser modificada mientras se mantenga la situación de dependencia estructural que la conforma y que se agrava con los aumentos en la inversión norteamericana, la exportación de recursos mineros y energéticos, así como de productos agropecuarios y manufactureros de poco valor agregado y escasa competitividad en el mercado mundial, financiamientos cada vez más privatizados, la adquisición de tecnología controlada así como la implantación de patrones de consumo que no obedecen a las necesidades reales de la mayoría de la población mexicana y a la cual se puede agregar toda una penetración política, cultural e ideológica.

Dado el carácter altamente dependiente o subordinado de la economía mexicana a la norteamericana y precisado el hecho de que México logra un importante crecimiento de la economía (incremento del PNB de un 7.7%), además de ser un importante país productor de petróleo, lo convierte en un eslabón estratégico dentro del contexto de las necesidades de la economía mundial capitalista y en particular de la norteamericana. En especial mantiene un lugar destacado dentro de la estrategia global que la trilateral impone a los países subdesarrollados. El interés fundamental estará centrado en garantizar, para los Estados Unidos, la exportación de energéticos (petróleo y gas), como el de convertirse en un abastecedor seguro de materias primas.

Así México entra dentro de las relaciones con los Estados Unidos en la clasificación de los llamados países intermedios como parte de la estrategia trilateral de dividir a los países subdesarrollados por estratos de acuerdo a su nivel de industrialización. La intención real es la de separar a los países subdesarrollados e impedir o reducir sus

posibilidades de influencia en la economía mundial, asimismo la de poder otorgar tratamientos diferenciados a los diferentes grupos de países de acuerdo a su nivel de desarrollo y la existencia de recursos naturales posibles de explotar y desarrollar. Lo anterior haría posible mantener un abastecimiento seguro de materias primas a precios bajos que permite mantener el proceso de acumulación y expandir al capitalismo como sistema al mismo tiempo que se intensifica su proceso de industrialización con base a la internacionalización de los procesos de producción que permita valorizar el capital a nuevas dimensiones.